

Transgresiones de la sensibilidad

Apuntando



hacia la ventana; ¿o es que no se había enterado a aquellas alturas todo el mundo de que si era jueves por la tarde lo que iba sobre la lavadora era la barra de pan y no la jarra del agua? – inquiría severa doña Fructuosa.



¿O sí se había enterado todo el mundo pero no era jueves?

O era jueves, sí, pero por la mañana; y en tal caso...

Doña Fructuosa pasó con ademán nervioso, a cortos y rápidos y suaves, muy suaves, pequeños golpecitos de sus dedos, ensortijados siempre, y tan largos, las páginas de su libretita de pastas rojas en la que jamás anotaba reproches y sobresaltos de la vida insustancial y cotidiana sino los acontecimientos que, a su entender — el suyo, aquel entender suyo del que se preguntaba, se había preguntado siempre y, aún de niña, muy niña, interrogado ansiosa a sus progenitores si sería parecido, aunque fuese muy poco, al del resto de sus congéneres —, marcarían un hito no en su vida, no, no en su vida ni en las vidas de quienes más o menos conocía, o incluso en absoluto y por completo desconocía y hasta, tal vez, más o menos vagamente amaba sino en...

– ¡¡¡Fructuosa!!!

Fructuosa en el tono apremiante, del que no recordaba haberse jurado jamás no tomar nota pero aún sin juramento no tomaba, de quien le reprochaba — de ahí la omisión — el andar siempre con la mente en otra cosa...

¡Entonces era eso!

¿Cómo no se había dado cuenta antes?

¡Qué tonta!

En la mente, ¡claro!, un hito no ya nada más en su mente sino en las mentes de quienes más o menos conocía, o incluso en las de quienes en

Transgresiones de la sensibilidad

Apuntando

absoluto y por completo desconocía y, hasta, tal vez, más o menos vagamente amaba con aquel entender suyo del que jamás le diesen la respuesta sus progenitores cuando, ansiosa, les preguntaba si sería parecido, aunque fuese muy poco, al del resto de sus congéneres.

Para llegar a la conclusión por sí sola de que no.

De que, y por más que la entristeciese, no.

No era jueves.

